

867a
Rafael
R.
Tomo III

Núm. 15

ATHENEAE

REVISTA QUINCENAL

Director:
ROGELIO SOTELA



SUMARIO:

DESTINO	<i>Hernán Zamora</i>
«NO CHE VAYAS»	<i>Rafael Eduarte</i>
ESE PACO	<i>Luis Dobles Segreda</i>
PACO SOLER	<i>Jenaro Valverde L.</i>
ESTA CARTA ENLUTADA	<i>Asarúbal Villalobos</i>
FRANCISCO SOLER	<i>Rogelio Sotela</i>
PACO SOLER	<i>Manuel Segura</i>
EL ÚNICO CUENTO DE HADAS	} <i>Francisco Soler</i>
ALMAS ANÓNIMAS	
UNA CARTA DE PACO SOLER	



IMPRENTA NACIONAL
SAN JOSE - COSTA RICA
1920

LIBRERIA ESPAÑOLA
IMPRESA, ENCUADERNACION Y FABRICA DE SELLOS DE HULE

De doña María vda. de Lines

NUEVAS PUBLICACIONES ACABADAS DE LLEGAR:

Diccionario Castellano de bolsillo, Calleja, 1 tomo de 1806 páginas.....	€ 10.00	Por correo	€ 10.30
„ Enciclopédico Larouse, ilustrado, con 5900 grabados.....	10.00	„	10.80
„ completo de la leng. cast. por el Dr. M. Rodríguez-Navas 1 t. de 1482 pág.	10.00	„	10.95
„ Enciclopédico ilustrado de la leng. cast por J. Alemany y Bolufer, 2800 pág.	15.00	„	16.00
„ Terminológico de Ciencias Médicas, por el Dr. León Cardenal, 1027 pág...	32.50	„	33.50
„ de la lengua castellana, por la Real Academia Española, 2 t. pasta española	45.00	„	47.00

Visite usted la LIBRERIA y verá los artículos japoneses que acaban de llegar

GRAN ALMACEN DE MUEBLES

LISTOS PARA LA VENTA

Se reciben órdenes para muebles
finos poniéndoles especial atención

Veintidós años de práctica

Jorge Morales Bejarano

LIBRERIA E IMPRESA

La más barata **TORMO** La más surtida

GRANDES NOVEDADES EN PAPELERIA FINA
AVENIDA CENTRAL - FRENTE AL BANCO MERCANTIL

J. PRIMITIVO ZAPATA

ENCUADERNACION

Se hacen los trabajos más finos y más baratos
LO MEJOR EN CENTRO AMERICA

FRENTE A LA IMPRENTA GREÑAS
225 varas al Sur del Banco de Costa Rica

Auriel Gallardo A.

—*—
CARPINTERIA EBANISTERIA

Fábrica de
marcos y repisas

¡¡ULTIMOS ESTILOS!!

Frente a LA VIÑA

Zapatería
LA JUVENTUD

— DE —

NICANOR GAMEZ

Cien varas al Norte
de la Librería de Lines

—□—
Depósito permanente
de calzado
en todos los estilos
ESPECIALIDAD EN LA MEDIDA

AGENCIAS Y COMISIONES
REPRESENTACIONES
Joaquín Sáenz G. y Hno.
CANJE DE SELLOS POSTALES

Apartado Número 4 • San José, Costa Rica



SIR WILLIAM CROOKES

Después de experimentar por cuatro años produjo el lente actínico por excelencia para impedir la formación de la catarata.

Estos lentes se fabrican únicamente en el

GABINETE OPTICO SALAS

Unica Fábrica en Centro América

TINTORERIA DE PERALTA

CUESTA DE MORAS

*

ESPECIALIDAD EN NEGRO

La preferida por las personas de buen gusto

PRECIOS MUY BAJOS

Teléfono 218

San José, Costa Rica

Tobías A. Vargas C.

“LA LUZ”

Sastrería, Camisería y Tienda

Ventas por mayor y menudeo - Importación directa

Apartado 658 :: San José, C. R. :: Teléfono 344

COLEGIO

MONTERO

Se enseña inglés en todos los grados.

Kindergarten, Educación Primaria y Secundaria de acuerdo con los programas oficiales. CLASES NOCTURNAS de inglés y de contabilidad. Clases de música, (piano, violín, etc.) Pida prospectos.

TELEFONO 1646

CERVEZAS, MALTA,
KOLA Y LIMONADA

TRAUBE

MEDALLA DE ORO EN LA
EXPOSICION NACIONAL

La fábrica mejor
acondicionada
= = del país = =

HAGA SUS PEDIDOS A

TRAUBE

CARPINTERIA
EBANISTERIA

100 VARAS AL SUR
del KIOSKO MORAZAN

Fábrica
de marcos
y repisas
Ultimos estilos

Enrique Gómez C.

SAN JOSE - COSTA RICA

JOSE MARIN

Agente de

“ATHENEA”

“Repertorio Americano”

Apartado 150 - San José, C. R.

ATHENEAE

REVISTA LITERARIA

Precio de suscripción:

Número suelto. c 0.30

Serie mensual (2 números) 0.60

Para el extranjero:

Número suelto. \$ 0.15

Serie semestral (12 números) 1.50

Se publica quincenalmente

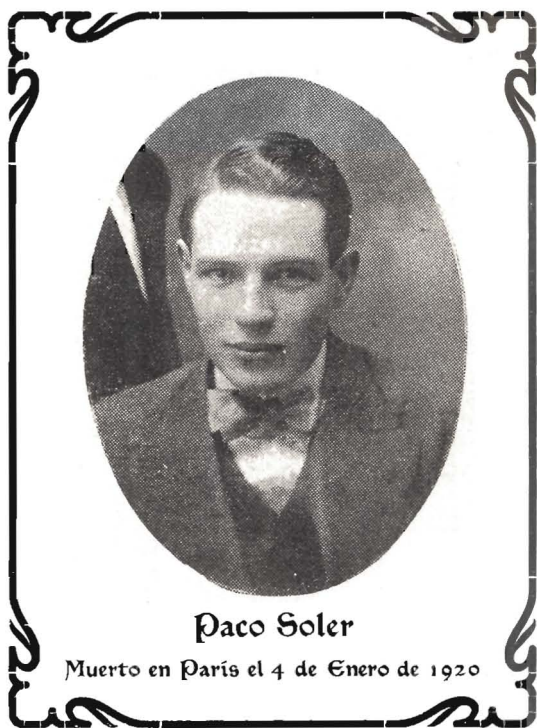
Director, ROGELIO SOTELA

APARTADO N° 113

N° 15

SAN JOSÉ, COSTA RICA, 15 DE FEBRERO DE 1920

TOMO III



Paco Soler

Muerto en París el 4 de Enero de 1920

Destino

Para las hijitas de Paco Soler

Ave ansiosa de luz, ave proscrita
y sedienta de ensueños, quiso un día
buscar su patria azul, donde musita
el agua espiritual de la armonía.

La Estrella Anunciadora puso lumbre
en *Notre Dame*, sobre el alzado empeño
y encaminó su vuelo hacia la cumbre
el ave, ansiosa de libar ensueño.

Mas, cuando el ala terminó su huella
y dijo el primer trino su alegría,
cayó la nieve, congeló la estrella
y le dió a la ilusión su tumba fría.

San José, 9 de Enero de 1920,

Hernán Zamora Elizondo

“No che vayas”

Conmigo pasó en este puerto sus últimos días de Costa Rica nuestro querido Paco Soler.

Iba para Francia. Lo empujaban las cosas de esta tierra y lo atraían las de aquélla.

Hablamos de su viaje, de sus proyectadas labores. Martín o Gómez Carrillo habían de ayudarle. Me contó lo que le habían opinado las personas mayores: que hacía muy bien en marcharse, buscando mejor ambiente para el desarrollo de sus aptitudes.

—¿Y qué le opinó Lidy?

Lidy, la encantadora chiquitina de dos años, hija mayor de Paco, que medio sabe hablar, podía, a mi juicio, tener una opinión.

—¡Ah Rafael! No sabe cómo me impresionó esa chiquilla. Casi me daban deseos de no venirme. Imagínese que en el momento de la despedida me decía con un tonillo muy triste: “No che vayas, papá, no che vayas”.

Recuerdo que varias veces, en son de broma, para despreocuparlo, le repetí la frase de su chiquita, hasta que al Ñato Blanco se le ocurrió que no estaba bien eso porque Paco se ponía muy triste.

Cuando supe que la Muerte había hecho más notable nuestra separación de Paco, muy poco tiempo después de su llegada a París, volvieron a mi memoria las palabras de su hija, las únicas que hemos debido decirle sus amigos: “No che vayas”.

Rafael Eduarte

Limón, 24 de Enero de 1920.

Víctor Manuel Salazar, un buen amigo de Soler, contesta nuestra solicitud enviándonos esa bella página y nos escribe una carta en que dice: «nada mío le mando, pero mejor servicio que pudiera ser aquel, estoy seguro de hacerle a su *Athenea* en el número especial de Paco, dándole ese lindo recuerdo de Eduarte. Lidy no sabe leer. Publíquelo ahora que no ha de leerlo llorando. Publíquelo para que Lidy lo lea cuando haya aprendido a leer y sepa ya no llorar, y para que llorando con lloros de dentro lo leamos los que memoramos al querido muerto».

L. D.

Ese Paco...

Por cuestiones de letras tuvimos disgusto. ¡Esa república de las letras! Perenne Agramante donde nos damos de palos por quitame allá esas pajas.

Recuerdo el origen del pleito, lo llamé *declassé* y el término se le atragantó.

Fué cosa de hacerme la cruz y cambiar de acera. Todo lo que yo escribía era malo, tonto, sin gracia alguna. Y como era humorista, el más sabroso de los nuestros, a pesar de Aquileo, de Yoyo y de este endiablado indio Obregón, y como tenía «La linterna», cada rato venía para mí la sacada a misa y el varapalo. Tan tenaz en sus odios como leal en sus cariños. Dos características de Paco.

Al fin se cansó. De todo se aburría. Otra gran característica.

Hicimos las paces y fueron sinceras. Ya me quería.

A propósito de ese librito «Por el Amor de Dios» me dijo cosas amables. Eran sinceras porque a Paco no le importaba un comino agradecer a las gentes.

Característica también.

Y vino un suceso que es todo una anécdota de Mark Twain.

Enfermó y lo operaron.

Yo pregunté al telégrafo por su salud y el mozo contestó:

«Bien, gracias. Para tí mejor, me acaban de amputar la vesícula biliar».

Es, realmente, este despacho todo un resumen de su vida:

Gran talento, gran corazón.

El hombre bueno con la capa de Mefistófeles sobre los hombros para meter miedo.

La risa a flor de labio, la burla penetrante, como daga de Florencia y luego el agua de la misericordia que le brotaba del corazón como de un vaso lleno.

Y sobre todo y en todo y por todo el ingenio.

Flor que rara vez alegra los arriates de por acá.

En él crecía bajo la nieve de mucho excepticismo, como la soldana de la estepa.

Yo siempre ví el vino demoníaco en copa seráfica.

Quizá había un ángel disfrazado de demonio por meter susto a las gentes y coger la vida en broma.

Luis Dobles Segreda

Paco Soler

Apuntes de su vida y su obra

No podemos acostumbrarnos fácilmente a la idea de que *ya no es*.

El suceso de su vida, tan complicada y exótica, su talento espontáneo, y sobre todo aquel prodigioso ingenio inagotable, tan suyo, fueron buriles que grabaron intensamente en nosotros su personalidad.

Su biógrafo no se verá precisado a señalar la frecuente dualidad entre el artista aristocrático y el mozo de cervecería. Porque Paco Soler ha sido el caso, rarísimo entre nosotros, del artista que *ha vivido* su obra, su filosofía.

Más aún. Al igual que Oscar Wilde, fué talvez más genial en su vida que en su obra. Su desprecio por los triunfos, su fobia por el aplauso paquidérmico del público de paraíso, lo hicieron siempre preocuparse poco de las letras. Prefería el discreto aplauso que apaga «la sordina de los guantes» que dijera D'Annunzio.

Supo reirse de la Vida y la convirtió en su querida. Supo reirse de los prejuicios y de las poses rituales y de la circunspección de opereta de las grandes solemnidades obligadas a frac, y a pechera almidonada, y a gestos de Tartufo.

Pecador incorregible e impenitente rió también de sus pecados y los hizo flamear orgullosamente como un penacho anacrónico con que desafiara la parsimonia burguesa y es-

tulta de este siglo de millonarios, de mendigos y de cartujos.

Dijérase que Paco poseía el secreto de las cosas. Fué un tremendo irreverente a quien nunca vimos tomar nada en serio. Al conversar, era inquietante el brillo de sus ojos burlescos de pillete y, así hablara de la Academia de la Lengua, o de Dios, o de la última noticia de la tarde—ya se tratara de un suicidio o de un matrimonio—, sabía deslizar sutilmente la estocada florentina de su ironía, en el momento más oportuno, en el sitio más vulnerable.

Sus temibles epigramas deben haber hecho brotar muchas gotas de sangre a tantos labios mordidos...

* * *

Existe por ahí una montaña de infolios—rollizos partos de vacas holandesas—, que los Marden y los Smiles han echado al mundo preconizando un patrón de *hombre* adecuado y conveniente a este siglo cuya Atenas es preciso ir a buscarla en las márgenes del lago Michigan, donde erigen su fábrica tumultuosa las casas empacadoras de conservas. Pues bien, ese tipo de *hombre* «virtuoso», (*honest man*) que practica el ahorro cotidiano y se prepara apresuradamente para estar en condiciones de realizar la odisea moderna de los Rockefeller y los Carnegie que comenzaron por ganar un jornal de un dólar por sema-

na; ese *hombre*, a cuyas plantas eyacula su admiración la burguesía y a cuya escuela acude la muchedumbre de parroquianos en tumulto, encarna, absolutamente, la antítesis de este muchacho generoso y genial a quien acaba de matar el invierno inclemente de París.

El espíritu travieso, casi infantil de Paco, no se apasionó jamás por el triunfo ocasional, por la gloria efímera de barraca de feria, oropeles mezquinos que convierten a los hombres en frascos de farmacia. Y es natural. La condecoración que tantos desvelos y fatigas causara al boticario Homais no podía seducirlo a él.

Ahora que el motivo trágico de su muerte nos ha hecho recordarlo tanto, nos pusimos—deliciosa oración espiritual para nosotros—a leer una vez más sus prosas sutiles y profundas. He aquí su inmortalidad. En esas páginas que conserva nuestro cariño y nuestra admiración, poseemos para siempre su espíritu ingenioso, su intensa y complicada personalidad que nos alienta y nos anima con eficacia de vino generoso.

Su disertación de 1914 sobre «Los Pecados Capitales», acusa una experiencia septuagenaria. Nadie al leer esas páginas, que a veces recuerdan el humorismo cáustico de «Fígaro», a ratos la intensidad reflexiva y el desenfado de Miguel de Unamuno y que se internan a veces hasta perderse de vista en el huerto amoral donde cultivó Nietzsche sus mandrágoras, se imaginaría que brotaron del laboratorio intelectual de un muchacho que no contaba siquiera un cuarto de siglo de vivir.

Parécenos, a veces, que Paco todavía no ha muerto. Eterno humorista, tal vez la historia de su muerte es falsa. Una trágica broma y nada más. Sus ocurrencias de siempre...

Pero nó. Que de esta vez la Vida ha tenido entrañas de felino, y se venga ahora de él; precisamente de él que tanto rió siempre de ella.

Venganza femenina y, por lo tanto, cruel. Oh, zarpas diminutas, enconosas y traidoras como las de los gatos, zarpas trágicas de la Vida, uñas de dios traidoras y malditas... hágase vuestra maldita voluntad!

Jenaro Valverde L.

San José, Enero de 1920.

Una frase de Paco

A Rogelio Sotela

París, Dicbre. 1919.

Lo recuerdo con frecuencia cada vez que busco un alma buena en este desierto poblado.

Soler

Esta carta enlutada...

Belén, febrero de 1920.

SEÑOR DON JULIÁN MARCHENA

San José.

Muy querido amigo: esta carta enlutada va a buscarte con toda la inquietud de mi tristeza. Hace muy pocos días supe la muerte de Paco, nuestro amigo del alma; mi familia, temerosa de interrumpir la convalecencia, me escondía la amarga noticia, pero al fin triunfó la tentación y se me dijo: Paco Soler había muerto en París. Yo sonreí, era mentiras. Me acababa de llevar el correo una tarjeta suya escrita en Amsterdam, en la cual decía quererme abrazar muy pronto en tierras muy lejanas. Era mentiras... pero más tarde se me leyó el cable del Ministro en París y tuve que aceptar la amarga realidad, porque yo pienso que un Ministro no debe mentir. Luego la inmensa soledad del campo que intensifica la meditación, con esta herida en el alma, que ahonda el mismo pensar, sin un amigo a quien unir nuestra pena, me ha hecho pasar días muy dolorosos. He pensado en ti, en Figueredo, en Vargas Coto, en los que en los últimos tiempos tratamos más de cerca al hermano ido y a quienes se nos ha arrancado un pedazo del corazón para enterrarlo con él en una tumba lejana sobre la cual el invierno ha puesto ya su lápida de nieve.

Yo no puedo conformarme con esta decisión, cumplida, del Destino. Morir a los veintiocho años, el alma plena de ilusiones y el corazón de fe, no parece sino que desde que murió Jesús con toda la belleza de su juventud, hubiese sido encargado el brazo magro de la Muerte de segar en la edad del ensueño la vida de los elegidos. Porque de Paco puede decirse lo que Ambrosio decía de aquel pastor que murió de amor, de un intenso amor al que no quiso corresponder Marcela: que «fue depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Fue único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno...»

¿Qué fuerza misteriosa llevó a Paco a París? Yo no puedo olvidar el apresuramiento con que preparó su viaje. ¿Recuerdas? Después de habernos hablado de su deseo de descansar, de hacer vida tranquila por

algún tiempo en compañía de su familia, un día nos buscó para decirnos que se iba en el próximo vapor. Yo a ratos pienso que una voz secreta, en amargo coloquio con el alma, le dejó la inquietud de algún presentimiento, y Paco, por un no advertido mandato de su estirpe, huyendo de la mediocridad de nuestro medio dijo adiós a sus amigos para ir a morir a París, del mismo modo que el cisne estremece con su canto la selva silenciosa cuando siente los vagos estertores de la muerte, según cuenta la leyenda cuya belleza con una ironía amable trata de destruir Clemente Oneli.

Bien cierto es que en la estrechez de su solar nativo no había espacio para desenvolver sus amplias facultades, y que ese pájaro azul dueño de las páginas más altas que se han escrito en Costa Rica y capaz de salvar de un vuelo el horizonte, se encontraba preso, por más que fuese de afectos la jaula que lo encerraba; pero si nosotros hubiésemos pensado que en París iba a morir, cómo lo habríamos retenido, para burlar la intención aviesa del invierno crudo que le hundió un puñal en el pecho rompiendo la malla de cariño con que lo escudáramos al partir.

Ahora, en estos últimos días, me ha llegado, como enviada del cielo, su postrer misiva. Es un precioso recuerdo de Noche Buena y en él me desea para este año despiadado que se inicia deshojando el lirio de la vida de nuestro amigo, que tenga lo que en esta acuarela que me envía se destaca: un lago, una montaña, un árbol y la silueta de una mujer, porque cree que eso es suficiente para un poeta bucólico y romántico. Y el amigo queridísimo que así se esforzó por demostrarnos su cariño hasta en los últimos días de su vida, no sabía que apenas entrado enero, tendríamos el dolor de desear para él mucha paz, eterna paz en el seno de lo desconocido, cuyo misterio apenas podemos escrutar los vivos más allá del algodón moteado de las nubes.

Te abraza,

Hedrúbal Villalobos

**Ya se ha dado a las cajas el libro de Rogelio Sotela
Valores Literarios de Costa Rica**

**Puede hacer sus pedidos anticipadamente a la Administración de
Athenea, Apdo. 113, y se le reservarán los ejemplares que pida.**

Francisco Soler

Francisco Soler es el más complejo de los hombres, siendo al mismo tiempo el más sencillo. Hablar de lo suyo sin el peligro de procurarse un regaño, es difícil. Bueno y sensible como un niño, a veces es maligno y complicado como un consejero de la Antigua Corte. Si al hablar de él elogiamos su labor, seguramente nos hará el guiño habitual de sus ojos medio encontrados y se burlará de nosotros. Censurarle sería lo mejor, pero no podemos hacerlo y nos vemos así obligados a sacrificarlo a él y a sacrificarnos nosotros, ya que nos propusimos la tarea de hacer un comentario a su obra.

En el grupo de escritores que hoy representa en Costa Rica la última época de renovación, es Soler el más joven. Omar Dengo, Rómulo Tovar, Carmen Lira, son anteriores a él. Compañero único del sutil prosador, fuera de Mario Sancho que más es de los anteriores, fué Camilo Cruz Santos. En colaboración suya se publicó aquella alta comedia tan injustamente olvidada «La Iniciación». Pero Camilo, de quien hemos de hablar más tarde, se nos fué a la lejana Bogotá y se rompió así la dualidad literaria que hubiera señalado un impulso nuevo a la prosa. Luego sólo hemos visto crecer en el cuento al espiritual y novel autor de las «Coccinelas del Rosal». Albertazzi es verdad que cultiva con fortuna la prosa, pero más bien para impresiones fugaces que para cuento definido; además, su labor en verso no lo pone en razón de un estudio de los exclusivamente prosadores. Pero no sigamos en estas observaciones, que pudieran resultar inútiles, y hablemos de su literatura.

Feliz en su género, Soler ha ensartado en el hilo de la gracia collares luminosos. Una frase suya es como un vidrio de colores puesto al sol. Oportuno el chiste, ligera la intención, llena la frase de ese espíritu frágil de la Francia de Rostand, Soler juega con sus personajes y nos los muestra nimbados de su misma jovialidad. «El Resplendor del Ocaso» es una novela en tres jornadas. La primera obtuvo el lugar de un primer premio en un concurso. La segunda se publicó en un pequeño libro hace menos de un año, y prepara ahora la tercera para reunirla a las otras. Una tarde le oímos contar el argumento de su tercera jornada. Podría llamarse «La novia de siempre». Es esa visita de mujer que reciben todos los hombres sin lograr jamás convertirla en realidad. Aparece, flota la figura de Lía y vuelve el mar, tirano para ellos, a alejar nuevamente la ilusión amorosa de los dos.

«El Resplendor del Ocaso» tiene un argumento original y actúan a veces sus tipos en el escenario costarricense. Se admira en el libro la exactitud en el detalle. Es real la figura del Juez de Primera Instancia,

aunque a ratos un tanto exagerada; la observación de la vida de los salones es cuidadosa y sorprende la seguridad del trazo para copiar el gesto elocuente de una mujer y para hacer visibles los momentos de silencio trágico. Lía es ligera y alegre como una mañanita y a veces enigmática y triste como una figura de ensueño. La obra toda está animada de una psicología tan real, de un movimiento tan franco, que hay escenas como talladas en el asa de un jarrón. Los episodios de la cacería en la segunda parte, tienen todo su color. Allí hay frases como esta: «A poco andar, saltando sobre los troncos musgosos y negruzcos que las tormentas habían derribado, los atajó un río que se deslizaba entre resedas, claro como un vidrio roto contra los guijarros». Algo notable en el estilo de Soler es la forma de imágenes que usa. Por ejemplo: «La luna tenía entre las nubes, la armoniosa curvatura del anca de una estatua de mármol pulido por los años». Salpicada así toda la obra de ingenio y de agudeza, no es posible entresacar todo lo que queríamos en una nota tan ligera como la que escribimos.

Una vez hicimos el reparo de que para final de este cuento tan lleno de sutilezas, estaba mal aquella mano iluminada por el azufre y que Lía mordía furiosamente. La escena nos pareció folletinesca. Pero eso no restará méritos al autor y más si se piensa que la tercera jornada que prepara tiene también el ánimo—según nos confiesa él mismo—de diluir ese final espeluznante.

Cuando Soler escribió los «Pecados Capitaes», su primera obra, y a pesar de que era tan tímida como incipiente nuestra vida literaria, nos pusimos a juzgarle y le enseñamos a él mismo el juicio. Reiría entonces el maligno Soler de nuestra ingenuidad. En ese comentario infantil que aún conservamos por cariño, escribimos: «Habéis leído los «Pecados Capitaes»? Habéis visto a Sor Ana que tuvo en el mundo «el cristalino y melancólico resbalar de una lágrima»? Seguro que vuestra alma ha salmodiado la liturgia del silencio al verla deslizarse sobre las baldosas del claustro inmenso . . . La habéis visto pasar, cruzadas sobre el pecho las manos marfilinas, acariciando el breviario, tímidos los ojos como dos pájaros prisioneros en la red de sus pestañas? Y ella, la Santa, que no fué buena porque no conoció otra cosa que la bondad, sin saber de la vida, «rodó sobre el haz de la tierra, como una lágrima silente, cristalina». «Porque es indudable que quien ignora en absoluto el mal no pondrá por obra el bien. Tan pecaminoso viene a ser rechazar por completo los vicios como las virtudes».

Habéis oído esa sentencia? Sor Ana fué buena porque sí . . . Pero esa bondad inconsciente carece de Bondad si no puede comparársela con el mal. Pero a qué hablar de la filosofía que escanció en sus «Pecados» este joven escritor «con aspecto de niño caprichoso»?

Seguro tendréis la impresión de un paisaje hermoso, visto al salir de una calleja por donde hubiérais ido inconscientes . . . Quizá os arranque una exclamación de asombro, como si después de una somnolencia en que hubiérais estado mucho tiempo, os despertárais ante un lienzo de Rembrandt.

No habéis visto en el escrito de Soler, como en un lago, reflejadas las curvas de esa princesa, la Gloria? Habéis visto en esa piscina el rostro de la Fama que copia sus perfiles en la linfa?

Es indudable que nuestra ingenuidad tenía razón. Soler ha definido con labor madura su personalidad y en cada nueva obra se afirma más. Su «Ultimo Madrigal» lo entra al Castillo en donde repican las campanas de oro del aplauso. Jacinto Loriani y Angela de Ricci en la intriga sutil de este parlamento, hablan como si rimaran; oigamos a Loriani:

«Estaba luciente la tarde de mayo florido. Estaba el viejo balcón cargado de hiedras y geranios que sangraban como heridas del muro ruinoso. Y estaba en el balcón cargado de hiedras, en la tarde florida de mayo, una mujer ausente de sí misma, rubia y marchita; una alma otoñal, apacible bajo el cielo de cándidos fulgores metálicos. Qué quería? Qué esperaba? Ni ella pudiera precisarlo».

Angela de Ricci interrumpe: «Nadie sabe nunca lo que espera».

Y sigue Loriani: «Yo no sé todavía si aquellos ojos eran líquidos y se desbordaban. No sé si eran vaporosos y flotaban. No sé tampoco qué miraban aquellos ojos; supe sí, que buscaban lo que no se ve: la pálida sombra de un recuerdo, el destello irreal de una ilusión. Hubo un momento en que cayeron sobre mí».

Luego veamos esta página gentil y armoniosa en donde está el esfuerzo de Loriani para alcanzar una promesa de Angela:

Loriani: Eran tres amantes que buscaban una flor para el pecho de la amada. El primero cobró el camino donde la fuente no interrumpe su arrulladora serenata de cristal. Partióse el otro por el pinar en que la nieve simula reflejos de luz. Pero el último, profundamente convencido de que siempre andamos demasiado para encontrar lo que tenemos al alcance, tomó así, no os ofendáis, la mano de la amada, y así también, colocósele en el pecho . . .

Angela de Ricci: Soltadme, osado! Soltadme!

Loriani: No será mientras no sepa si la prueba os satisface.

Soler ha cultivado también el género picaresco y es notorio que en la sátira no tiene rival entre nosotros. Mas, no siendo de **nuestro cariño** ese trabajo, pasamos sin comentarlo especialmente, creyendo cumplir así con nuestro propósito íntimo de no hablar—como aconseja Renán—sino de lo que se ama.

Hoy, después de haber hecho una vida precozmente inquieta, de haber desordenado su juventud en andanzas y aventuras y de haber peregrinado por todas partes, Soler tiene en su casa encerrado, como en un nido, su otro último madrigal: una chiquilla traviesa que le sonríe y que comienza a decirle papá.

Extraña vida la de este hombre jovial y triste, irónico y amable, que tiene en el espíritu tanta malignidad y que es generoso y bueno como un monje. Ya encontró su corazón el regazo apacible de la compañera y allí en el hogar discurren sus días, armoniosos y felices, exaltado de amor ante su muñequilla rubia, viviendo el mejor cuento de su vida . . .

Rogelio Sotela

Escrito en 1918

Paco Soler

Desde París, atravesando la impavidez del mar, vibró el cable enlutado; y en su esfuerzo lacónico, contundente, escamondado de toda precaución que tendiese a suavizar la dolorosa noticia, nos habló de Paco, de la muerte de Paco, de su viaje alterado para siempre, hacia el misterio, hacia la incertidumbre que nos inquieta más allá de las constelaciones... Expiró bajo el alero histórico de la intelectualidad mundial: de alma bohemia, espíritu perspicaz e irónico, incapaz de aclimatarse en algún paraje, aristócrata de gusto como hombre y amigo y escritor, diríase que esa golondrina anheló los escondrijos de las torres de Notre-Dame para atender de cerca el revuelo de sus campanas que escucharon, en mejores tiempos, las bocas exorcizantes de la alquimia ensombrecida en el fondo de sus bóvedas ¿Lo atraería algo más? El descenso de los copos de nieve, propicio a la escritura penetrante y melancólica; el encanto de las «midinettes», cuyas almas dramatizan el secreto viviente de la grande y única metrópoli europea en el arte, las aguas, turbadoras y atentas a las vidas frágiles, del Sena, en cuyo fondo se atascan biografías inéditas; las avenidas del Bosque de Boloña, embriagadas de crepúsculos, dementes de risotadas infantiles, intensas de diálogos de amor: todo, el milagroso conjunto, París, este cerebro proteico e insinuante del viejo mundo, este magnetismo imponderable de Lutecia lo atrajo cuando quiso alejarse de nosotros; y allí fue, parodiando un capítulo de su obra literaria, el último madrigal de sus días.

Madrigalicemos una oración para él: la noche está plácida y brillan estrellas en el cielo; desde la capilla de nuestra devoción, por la diminuta y risueña ventana de sus paramentos, se ve el torbellino silencioso de las horas y las almas. Oremos.

Manuel Segura

Prosas de Soler

El único cuento de hadas

Hí mi amiga la señorita Mercedes Astúa,
con todo respeto y cariño.

I

El crepúsculo primaveral se detiene en la ventana que mira al jardín como un ojo negro con pestañas de hiedra, donde las blancas flores de los maceteros tienen temblor de lágrimas bajo el nácar del ambiente.

Apenas filtra en el salón claridad que lanza contra el suelo la sombra espesa de las cortinas y agujerea el cristal de un espejo que, allá en el fondo, viste de sosegado brillo azulado la pujante desnudez de una cazadora que impone tímidamente su blancura en un rincón.

Las barbas caídas en el pecho cual un chorro de agua, frente a la tela montada sobre el caballete en la que empieza a plegar los labios la Gioconda, el anciano Leonardo de Vinci acecha una sonrisa para dar el toque postrero con el rojo que acaba de encender en su pincel. Ambos se encuentran cansados. El maestro realiza esfuerzos por matar el tedio. En vano. Tiene tan bruno el humor que las bromas acogen allí disonancia perezosa, mortificante. Ella se halla fácil a la burla, por donde las palabras del viejo ruedan secas hasta confundirse con los bostezos del lebril echado junto a sus pies, silencioso y en quietud lo mismo que si fuese de barro.

MONNA LISA

Luego, no la encontró?

LEONARDO

Ah!... No, señora. Nunca supo encontrar el pie que calzara aquel zapatín de cristal cuyo taconeó hubiese resonado claramente a carcajada. Aún no estabais vos en el mundo.

MONNA LISA

Pero la historia, si no recuerdo mal, os contradice. Y por sencilla razón de edad es probable que goce de mejor experiencia que vos. Es tan vieja la pobre! Si hasta ha dado en repetir siempre lo mismo!

LEONARDO

Fué sabio en alguna vez dar oído a la historia? El príncipe quiso, sí, calzar a mil

y una damas. Mas ellas se negaron, que no todas se atreven a lucir los pies tras la escarcha del cristal. No comprendéis que así aumenta la dificultad de esconder el rumbo que llevan nuestros pasos?

MONNA LISA

Continuáis torciendo la leyenda. Entendía yo que entre ellas se suscitaron riñas en acopio, pues que no hubo una que no se fingiera acreedora de calzarlo. Qué provecho va en ocultar el movimiento de los pies cuando, al cabo, en la tierra los puntos cardinales se reducen a cuatro y, a la corta, unas veces, otras, a la larga, todos nos vemos en el camino?

LEONARDO

No obstante tratamos de jugar al escondite.

MONNA LISA

Para qué!...

LEONARDO

Para entretenernos, acaso.

MONNA LISA

Es una manera, pues, de hacer algo. Nos aburrimos tanto! Sin embargo, ya nos fastidiará el tal entretenimiento. Entonces llevaremos todos el alma lo mismo que se llevaba el cuerpo en las edades olímpicas, cuando el sol era el único encargado de vestir con sus morenas quemaduras la carne de triunfal vigor.

LEONARDO

La mucha juventud os engaña. Todavía creéis en los hombres. En la regeneración de los hombres. Sois muy joven. Y yo tan viejo... Es la distancia que separa vuestra sonrisa del rojo que aletea en mi paleta. Yo

ni en vuestra sonrisa creo: es mientras ingenua, misteriosa, y me parece impenetrable, al tiempo que me parece un panal roto que destila miel sobre el cual revuela sin ruido, con el aguijón saliente, una avispa transparente y dorada. No he sabido aprender si sonreís a una esperanza, o, si por vuestra desventura, ocultáis un desengaño. Pensemos en la noche, señora, que está llena de luces, y, ya la veis, es cuán oscura...

MONNA LISA

Jamás como vuestra leyenda. Tenéis aún al príncipe con el zapatín en la mano, cosa que no cuadra bien a su estirpe. A quién calzó, en definitiva, el príncipe, aquel zapatín de cristal?

LEONARDO

A nadie.

MONNA LISA

Y siendo así, por qué me tenéis esperándolo?

LEONARDO

Como era de cristal, posiblemente a estas horas se ha roto. Además que vos merecís lucir los pies desnudos.

MONNA LISA

Merecimiento, amigo mío, que no tomo por exclusivo, y que me explica por qué el zapatín...

LEONARDO

Basta; no tolero que os mezcléis con las otras. El zapatín, os lo acabo de decir, como era de cristal debe de haberse quebrado.

MONNA LISA

Triste fin, mía fe.

LEONARDO

Al quebrarse se haría música.

MONNA LISA

Luego la pobre muchacha, modelada, quizás, para alivio de las almas en pena, se sangraría las plantas en el sendero sin sombra de su vida, al caminar sobre los guijarros...

LEONARDO

Ni más, ni menos. El destino viene de casta de ciegos.

MONNA LISA

Eso cuentan del amor.

LEONARDO

Pero mienten. El amor tan sólo ha sido vendido y ve mejor de lo que suponemos.

MONNA LISA

Sabéis, maestro, que vuestras leyendas antes que halagüeñas resultan brumosas? Poseen la rara virtud de los pájaros enjaulados que cantan alegremente para llenarnos de tristeza.

LEONARDO

Perdonad. Quise alegraros. Sino que cuando no os veo sonreír se empaña todo para mí con aquella helada grisura que asumen los paisajes a través de la lluvia. Reboáis de ilusiones, amiga. Y a pesar, no adivino qué melancolía las baña. Esa melancolía es una larga lluvia monótona. Esperemos el iris.

MONNA LISA

Llamad, pues, siete ilusiones de siete colores diversos. Auyentad mi melancolía y sonreiré. Anhele sonreír. Olvidásteis vuestras añejas historias? Las historias que hace cuatro años me sacaban de la vida...

LEONARDO

Por la sazón sonreíais.

MONNA LISA

Puesto que acertábais a abrir en mí grietas por donde se escapaba la risa. Hoy tenéis en olvido vuestras historias antiguas pobladas de rubias princesas con ojos que veían azul, eternamente complacidas de magos que en tocándolas con sus labios ansiosos las ponían a temblar y las encendían como una llama al viento... El bufón remedaba vuestros gestos de entonces.

LEONARDO

Recuerdo una ahora.

MONNA LISA

Que yo ignoro?

LEONARDO

Quizás.

MONNA LISA

Y es...?

LEONARDO

Eran los buenos tiempos en que las hadas venían a la tierra.

MONNA LISA

Y ya no vienen?

LEONARDO

Vinísteis vos y entiendo que sin cortejo.

MONNA LISA

Poco poderosas somos las hadas cuando nos está vedado hasta reducir nuestra propia tristeza.

LEONARDO

Sucede que vos..

MONNA LISA

Mas como yo conozco mi historia, referid la de aquellas hadas de los buenos tiempos.

LEONARDO

Allá en un país tan lejano que sólo en el viento se lograba ir hasta él, nació hace luengos años. cuando el sol quemaba más, una niña.

MONNA LISA

Era un hada la niña?

LEONARDO

No. Era una mujer, que ya es bastante; no hace falta más.. Una nube que se dejaba guiar por cualquier ráfaga. Pues sucedió que la madrina, la dulce madrina que sí era hada, tuvo en antojo enseñar a sus compañeras los ojos de carbón de la niña prontos a levantarse en llama. Y se los sacó..

MONNA LISA

Y la niña no pudo ver en adelante...

LEONARDO

Más le valiera! Venía el hada de regreso trayendo los ojos en que sus compañeras pusieron extraños prodigios: la vieja reina Mab, sin salir del carro de perlas tirado por libélulas que la llevan a los astros, poder para ahuyentar las sombras; Paribanú, fuego para encender las almas; Veriluna, tranquilidad para acrecentar la belleza, como el verano, por ejemplo, que acentúa los crepúsculos; y las siete silenciosas del bosque, que jamás tuvieron voces por encima del rumor de las hojas, la virtud de dormirse durante los instantes felices en un prolongado regocijo, según hacen los mármoles que aprisionan a menudo un vuelo de la gracia y en vez de libertarlo al trotar del tiempo, lo asen con mayor fuerza.

MONNA LISA

Qué feliz!

LEONARDO

Sin embargo la suerte perdió el camino.

Próxima a llegar la madrina, sintió que se le quemaban las manos. Temerosa y violenta arrojó los ojos por tierra. Luego hizose imposible encontrarlos. La niña, es natural, creció. Sus carnes enjutas, sin forma por más de quince años fueron hinchándose de tentaciones en el desenvolvimiento armonioso de las líneas que rimaban entre sí con aquella divina redondez de los exámetros en los cantos del otro ciego, del ciego cuyos ojos muertos vieron el fondo de los siglos. Y conforme se llenaron de sangre ansiosa sus venas, desatósele en la cabeza el tropel de las ilusiones sin encontrar, ya lo supondréis, unas pupilas por donde escaparse y salir a mecerse en el viento. Entonces la niña, plañidera y doliente, dióse a rogar que le devolviesen la vista, aunque sin virtudes extraordinarias. Enfurecidas las hadas por semejante desprecio, retiraron los dones que concedieran y condenaron al fuego de aquellos ojos a incendiar y convertir en cenizas las ilusiones que anidan en la imaginación sin cesar de batir las alas, ensayando vuelos imposibles hacia la realidad. Mucho tiempo esperó la niña alcanzar los colores que visten las co-

sas. Y de la esperanza nació el credo de que un príncipe lejano, tenía que encontrarlos para entregárselos junto con su propio corazón, casa de alegrías.

MONNA LISA

Todas las mujeres esperan así.

LEONARDO

Y a todas suele acontecer lo que a la de mi historia. Un mendigo de los caminos encontró los ojos. Hízose por malas trazas con los arreos principales que debían delatar a un amable prometido del ensueño. Realizó su intento. Rindió a la niña. Pero cuando quedó de nuevo mal cubierto por girones, en pago de su engaño recibió el desprecio. He aquí la historia de la niña que iba a ser feliz. La historia de siempre!

MONNA LISA

Y vos, maestro, la habéis relatado, naturalmente, para alegrarme.

LEONARDO

Para distraeros. Sólo que yo peino canas. Mis manos tiemblan. Y el tremor de mis manos aleja de vuestros labios la sonrisa que aletea en el rojo vivo de mi paleta.

MONNA LISA

La sonrisa que sentís en vuestra paleta, en otra hora la tuve yo.

LEONARDO

Con mis labios debí apresarla en los vuestros lo mismo que se prende una mariposa.

MONNA LISA

Debieras mediros, que estáis dando justa razón al rumor volandero que anda con mi fama. La mía y la limpia fama de Micer di Giocondo.

LEONARDO

A mi edad, señora, las audacias de un hombre resultan inofensivas. Son dardos embotados. Más ofensiva es la sonrisa que se desprende ahora de vuestra boca, enigmática siempre, pero trasparenteando la burla mezclada con la piedad.

MONNA LISA

Copiad entonces esa sonrisa.

LEONARDO

Tánto me duele que habría de copiarla con sangre del corazón.

II

Repentinamente penetra un niño con las guejas desaliñadas, la cara sucia, asustados los ojos y el pecho jadeante. Está cubierto de astrosos harapos que permiten ver, a parches, insinuaciones de una fuerte musculatura. Su voz, en rehilo tiene, no obstante, decisión categórica. Mira hacia todos lados, y poco a poco va calmándose.

EL NIÑO

Salvadme!

LEONARDO

Qué sucede?

MONNA LISA

Quién te persigue?

EL NIÑO

Los alguaciles. Me persiguen porque rompí con una piedra el pie de una estatua del palacio del Duque Cosme. Amparadme!

MONNA LISA

Pierde tus temores. Estás en mi casa.

LEONARDO

Cuál es tu nombre, rapaz? Dímelo sin mirarme de esa suerte altanera que bien pudiéramos creer que nos estás protegiendo.

EL NIÑO

Mi nombre? Benvenuto.

LEONARDO

Y el de tu padre?

BENVENUTO

Giovanni Cellini.

MONNA LISA

El músico?

BENVENUTO

Sí...!

LEONARDO

Tú eres aquel niño de quien repiten las gentes que cuando tocas, conviertes tu flauta en una jaula de pájaros?

BENVENUTO

Las gentes nada saben. Mi hermano y yo aprendimos los secretos que mi padre recibiera de un vagabundo de Bizancio. Pedro se escapó para engrosar los tercios del bastardo Médicis. Yo hubiera ido a acompañarlo. Pero me juzgaron inútil por pequeño. Mejor. Allí hay que hacer lo que otros mandan.

MONNA LISA

Según eso, has seguido en tu oficio.

BENVENUTO

Nó. Mi padre me castiga porque me cree perezoso. No soy perezoso. Solamente que, como hallo incompleta la música, me cansa. Nunca alcanzo a interpretar mis anhelos.

MONNA LISA

Incompleta la música!

LEONARDO

Le sobra razón.

BENVENUTO

Sí, incompleta. Imaginad, señora, que le quitaran los labios a vuestra sonrisa o las pupilas a vuestro mirar. Así es la música: una mirada sin ojos, una sonrisa sin labios.

LEONARDO

Aprende a pintar.

MONNA LISA

Pintarás sonrisas en tanto estés joven, que a cierta edad es cosa menos que imposible.

LEONARDO

Señora, pintar un misterio equivale a romperlo. Nadie se resigna a ser profano. Y tú, niño, por qué no empeñas tu agilidad en la escultura?

BENVENUTO

Porque resulta tan imperfecta como la música. Se me antoja una garganta sin voz,

un seno sin leche. Yo quisiera resumir en un pedazo de piedra la musculatura de un dios bárbaro y sangriento, encendido en colores de pasión, que cantase con ligereza de trino versos que perduran en el tiempo con la firmeza sinuosa de una montaña.

LEONARDO

Eres un niño más sabio que los sabios!

BENVENUTO

He aprendido tanto en las tabernas...

MONNA LISA

Tú frecuentas las tabernas?

BENVENUTO

No os extrañe. Un vecino mío es hijo de un tabernero establecido del otro lado del Arno. Siempre que mi padre me azota porque me niego a tocar flauta, me refugio en la taberna.

MONNA LISA

Jamás pierdes tu pereza de tocar?

BENVENUTO

En algunas ocasiones toco.

LEONARDO

Quieres hacerlo ahora?

BENVENUTO

No traigo mi flauta.

MONNA LISA

Aquí hay una.

LEONARDO

Que la traigan.

MONNA LISA

Stello! Stello!

Aparece el paje, todo rosa hasta los pies.

STELLO

A vuestro servicio.

MONNA LISA

Traed la flauta.

El paje se marcha silencioso.

BENVENUTO

Ese paje es una copia de vuestra beldad, señora. La sonrisa de la tela que pinta el maestro es más de él que vuestra.

LEONARDO

No desmiente la cepa.

MONNA LISA

Cuentan que es mi hermano.

LEONARDO

Es un paje que sabe madrigales y en los ratos de ocio fabrica con la seda que halla en la rueca, prisiones para encerrar moscas. Además, tiene una historia romántica que nadie se atreve a repetir en voz alta.

El paje retorna ceremonioso.

STELLO

En qué más he de servirlos?

MONNA LISA

Por ahora en nada.

LEONARDO

Qué vas a tocar, Benvenuto?

MONNA LISA

Sabes una plegaria que compuso hace poco tu padre?

BENVENUTO

No he podido aprenderla. Yo sólo sé interpretar el sentido de lo que veo. Queréis que saque de mi flauta este crepúsculo?

MONNA LISA

Abre, Stello, la ventana y que entre la primavera.

El paje obedece. Hay una lenta fuga de sombras. Los hilos de luz que acaban de entrar parecen colgarse de la flauta que el niño toca. Todos están suspensos. Bruscamente, sin soltar el pincel de la mano, interrumpe el viejo.

LEONARDO

Oíd, señora, el único cuento de hadas: la vida. La vida que asalta vuestro palacio por el agujero de una flauta. Paso a la primavera que trae la vida.

MONNA LISA

Leonardo!

Ella sonríe. Y en un estremecimiento casi involuntario, el anciano pintor traza un rasgo en la boca del retrato.

LEONARDO

La vida es el único cuento de hadas que os hace sonreír.

BENVENUTO

La pincelada que acabáis de dar os conduce a la inmortalidad, maestro!

MONNA LISA

Maestro!

Y él se vuelve hacia la tela.

LEONARDO

Ahora, señora, seguid sonriendo a la vida.

MONNA LISA

Leonardo!

Volviéndose hacia ella.

LEONARDO

Y sonreíd a este viejo que está tan cerca de la muerte!

francisco Soler

Bromas amargas

Almas anónimas

Esos nombres borrosos que están en las tumbas sin cal y sin flores, esos nombres que nada recuerdan, tienen para mi curiosidad el atractivo de todo lo imposible, porque me dan la sensación de lo que no fue pudiendo haber sido.

Corresponden a vidas semejantes a las lámparas de aceite que parpadean a medio día en los altares, sin agregar luz a la que entra por las ventanas, cuyos vidrios dan albergue a los santos que no reciben más visita que la de las golondrinas.

Son el último rastro de una alma que pasó en silencio, como un aroma, quizás como una ráfaga, tal vez como un rayo de sol, como la primera pincelada que desaparece en el conjunto de un lienzo, como el sollozo de un niño, como la sonrisa de una coqueta, como cualquier cosa efímera, sin forma y sin rumbo, igual a todo en la vida mientras no se sepa de dónde y hacia qué punto vamos.

Y, sin embargo, esas almas anónimas, esas vidas sin huellas que descansan en las tumbas en que sólo el musgo rompe el olvido, son iguales, exactamente iguales a las que llevamos en hombros hacia la gloria nosotros los del montón, los que nos tenemos siempre en los labios la más trágica de las interrogaciones—para qué—y no podemos librar a nadie, por muchos que seamos, de que lo cubra el polvo de los siglos.

La gloria es un resplandor en las tinieblas.

Los muertos de las tumbas sarnosas han adquirido el mismo derecho que las calaveras de los panteones a reirse de nosotros mostrando los dientes macabros.

II

Hace un año. Bajo la capa gris del cielo flotaba el polvo de oro que se le iba desprendiendo al parchón informe que era el sol. Acababan de dar las cuatro. El cementerio empezaba a despoblarse. Poco a poco retirábanse los mantones negros, las corbatas oscuras, los paraguas que parecían al moverse una arboleda azotada por el viento de la media noche: salían las viudas que lloran por el marido muerto y suspiran por el hombre que las espera en la portezuela de un carruaje, los hermanos que han llevado una corona a una tumba emblanquecida y se enderezan hacia el club silbando un aire canallesco, las madres cuyo llanto no es posible enjugar, y que cuentan que pocos días antes de morir el hijo le habían aumentado el sueldo, y todos, absolutamente todos, eran sinceros porque, es lo cierto, que en el minuto que vivimos jamás dejamos de serlo, lo mismo cuando amamos que cuando odiamos, cuando reimos, cuando contraemos el rostro y hasta cuando mentimos.

Paseábamos allá en el fondo del cementerio. Mi amigo Rogelio Sotela que, como es poeta, pára mientes en las cosas tristes y como es ingenuo

jamás se hace el distraído, me detuvo por un brazo:

-Mire eso.

Era una cruz podrida lo que me enseñaba.

Y agregó:

-¿Quién será? ¿Quién será?

Y yo me sonreí, pensando en la manía que tenemos los hombres de averiguar quiénes son los demás.

-¿Quién sería? ¿Quién sería?

Nos interesamos tanto por aquel desgraciado que podría tierra bajo una cruz olvidada, que cualquiera hubiera creído que pensábamos prodigarle nuestra protección.

Pero los hombres nunca dejaremos de meternos en las cosas ajenas.

III

Como Sotela es poeta se ocupa hasta de los muertos.

-¿Quiere que nos robemos unas flores de aquella tumba y se las traigamos a este muerto paria, a este pobre esguízaro del recuerdo?

He de confesar que me gustó el plan por la maldad que entrañaba, me hizo ilusión despojar a un muerto, que por lo que toca al paria de la cruz escueta sólo me provocaba envidia.

¡Quién pudiera tener la seguridad de que nadie ha de recordarlo!

¡Hacemos tan pocas cosas buenas!

Acompañé a mi amigo. Nos robamos dos coronas y nos insultó un enterrador por habernos metido a caritativos, que es el más cruel y el más antipático de todos los oficios. Cuando cuajamos de flores la cruz, nos sentamos en el zacate casi satisfechos.

Entonces Sotela, que además esta-

ba conmovido, empezó a decir esas lindas imbecilidades que saben los poetas y enternecen a las mujeres cuando no han cumplido los veinticinco años.

-Imagínese que allí estuviera enterrada una monja. ¡Qué tristeza! Yo amo a las monjas y a las mujeres de los cuadros antiguos. En primer lugar porque son imposibles, luego porque tienen la cara melancólica. Las monjas cuando vienen al cementerio no cambian de vida. No cambian más que de posición.

-Se hacen horizontales-le pregunté para interrumpirlo, porque le tengo horror a los hombres que se remontan, pues ver una caída siempre es desagradable.

-Hombre, sí. Las monjas viven a media luz, pierden la vida desde muy jóvenes y se hacen blancas a fuerza de trabajar en lino y sus manos se perfuman de labrar sándalo. Pobrecitas. Deben de tener muy desarrollado el sentido de lo bello. Eso produce sufrimientos. ¡Es tan feo el mundo! Yo las amo porque son tristes, porque se consumen en deseos, porque en realidad nada poseen, sufren mucho, sufren mucho esas muñecas de algodón con alma de crepúsculo.

¡Ay sí!-pensé-sufren mucho, pero comen bien.

IV

Mientras mi amigo se dolía por la suerte de las monjas, mirando al través de sus gafas negras hacia el cielo, yo imaginaba que era más fácil que estuviese enterrado allí un oficinista o un hortera o un polizonte. Esos sí que sufren. Destinados a

realizar hoy lo que ayer y mañana lo que hoy, rompen la rutina solamente en la hora de comer, porque lo hacen cuando consiguen.

Mas al cabo no es muy grande la diferencia que hay entre Homero y un limpia-botas. La distancia que separa a Aquiles de una partera, se puede medir con la palma de la mano. Escopas y un portero son hechos de la misma carne y el mismo hueso.

El limpia-botas, la partera y el portero tienen sobre los otros—y ya es mucho—la ventaja que después de muertos no los molestan más que el dos de noviembre.

La gloria es el recuerdo que hacen los hombres a quienes nada les preocupa.

Mi amigo Sotela me miró con desdén cuando le dije, muerto de risa,

porque no sé llorar ni cuando me pesa la vida:

—¡Vámonos de aquí! Qué caramba, el mundo es un gran cementerio y nuestra vida es como esas tumbas sin cal y sin flores, con un nombre borroso que nada recuerda. La nuestra y la de todos. Vea aquella golondrina que va hacia el sol. Vámonos. Mire ahora la golondrina, descende.

—¿Entonces todos nos parecemos a las lámparas de aceite de los altares?

—Pues tal vez. Andemos, que empieza a llover y cuando lleguemos a casa estará fría la sopa. Tengo mucho apetito, afortunadamente, y no quiero ocuparme de las almas anónimas ni de las etras tampoco.

¡El mundo es un gran cementerio!

Francisco Soler

(De *La República* N° 9503, Novbre. 2 de 1915).

Una carta de Paco Soler

París, 24 de noviembre de 1919.

Para Julián Marchena

Querido amigo:

Debo confesarle que esperaba encontrar algunas letras suyas a mi llegada. De esta vez, según mi vieja costumbre, me equivoqué. Pero a pesar de su olvido, que no debe ser tan imperdonable cuando estoy escribiéndole, yo vinculo todos mis pasos a su vida. No se aparta su recuerdo de mí, dado que cada vez que encuentro algo que me halague pienso en lo mucho que usted gozaría si anduviera con nosotros.

En Amsterdam, el destierro del señor de Bougreton, nuestro amigo muy querido, me hizo usted mucha falta. No es en verdad aquella la ciudad que pinta tan refinadamente nuestro Lorrain. En vez de ser una ciudad blanca y negra, es una inmensa, incalculable mole roja, roja oscura, rematada en picos y volcada en la copia romántica y soñadora que se hunde en los canales. El estilo gótico holandés domina al grado que no encuentra usted veinte casas en toda la urbe que no estén sujetas a sus caprichos graciosos y ligeros. Yo nombraría a esa ciudad, si fuera el lla-

mado a bautizarla, la pajarera roja. En parte alguna se pueden contar más ventanas; las casas son cien, doscientas, y quién sabe cuántas las ventanas, y en cada ventana se deshilachaba una cancioncilla susurrada apenas, un poco gangosa y otro poco triste, y a través de los cristales empañados por las nieblas del norte, mozas o viejas todas regordetas y rubicundas sin otro encanto a la vista que el que les presta la fecundidad.

¡Pobre señor de Bougreton! Cuánto lucharía por ver atrayentes a estas hijas de Eva, tan apropiadas para ilustrar carteles en que se anuncien las excelencias de la leche holandesa.

Si he de serle franco, tuve un vago desencanto en el *gabinete de las muertas*. «La tristeza fastuosa de las telas ya marchitas» ha sido barrida por los reformadores de trajes, y los perfumes viejos desaparecieron junto con la amarillez crepuscular que el tiempo se encargaba de poner en los recuerdos, vivos y palpitantes cuando teníamos la irreparable fortuna de carecer de restauradores de antigüedades.

Pienso, por otro lado, que el señor de Bougreton debió de llevar a sus ilustres compatriotas a otros lugares en donde vive mucha poesía y el artista puede encontrar en la realidad el olvido de la realidad—bien regresando hasta el recuerdo, bien avanzando hasta el lado de allá del deseo.—Yo, en el caso de él, los hubiera llevado a las casas donde se cortan diamantes. Es verdad que hoy esta encantadora operación se hace con máquinas,—operación que a mí se me ha metido en la cabeza que equivale a la locura de hacer cajitas de piedra para encerrar luz. Pero en las mismas casas se lapidaban antiguamente a mano y para labrar una piedrecita hubo judío paciente que gastó veintidós años de su vida miserable, que a mí, por aberración, se me antoja envidiable. Allí está en una de esas casas, la copia en vidrio de Baviera del diamante azul. El único diamante azul que ha existido y que atraía sobre sus dueños la desgracia y señalaba una predestinación a la tragedia. Vino a Europa, enviado por un Sultán de Turquía, si no me han engañado, a la gentil María Antonieta. El Sultán quiso deshacerse de él porque habiéndoselo prestado a su favorita se ahogó el día en que se lo puso por primera vez. María Antonieta se lo colocó en la garganta causando el asombro de todas las cortes y por donde pasó la cadena que lo sostenía, pasó poco tiempo después la cuchilla del verdugo. Luego estuvo perdido. Años más tarde, cuando la fiebre revolucionaria se calmó, hubo de aparecer en un museo particular. Lo compró la municipalidad de París para regalárselo a Madame Carnot y ahora acaba de perderse en el hundimiento del Titanic donde lo llevaba un millonario yanqui. Cuántas cosas lindas nos hubiera dicho el señor de Bougreton allí! ¿Y de los diamantes verdes que curan del mal de amar y se ven tan raramente como un arco iris de luna? ¿Y de los diamantes sonrosados como un rubor de novia? Ah, amigo, esos encorvados obreros de aspecto repulsivo que cortan piedras para encerrar luz, hacen algo más bello que los escultores y casi tan bello como lo que realizan los poetas.

También pudo llevarnos al museo de porcelana en donde existen tantas vajillas de Reyes y tan delicadas combinaciones de matices y tan abundantes miniaturas de decoradores ignorados y grandiosos. Pudo también llevarnos al palacio de la Reina, restaurado por Luis Napoleón Bonaparte y enseñarnos esculturas diminutas que interpretan fábulas de la época debidas a Poe y grandes frescos de Van Dick. O bien pudo llevarnos a la torre del redondel o los suplicios en cuyo torno se hacía correr en invierno, desnudas, a las mujeres acusadas del pecado de impudicic; torrecilla ligera y frágil como una coqueta, en la que podría vivir contento un loco enamorado del dolor y del pasado.

Pero dejemos Amsterdam, amigo de mi alma, pasemos por Bruselas y por Amberes y vengamos pronto a París que tengo algo que contarle. A saber: a la media hora de haber llegado vi el 202 de los Campos Elíseos. Y no se alarme, está convertido en Cuartel de Americanos. Sobre este triste desengaño quiero poner mi silencio.

Estoy instalado a cien varas de ese gran palacio donde han vivido sus ilusiones y las mías.

Ya fuí a visitar a Monna Lisa. La escapatoria no parece haber afectado su espíritu. Sigue sonriendo su sonrisa misteriosa, melancólica y atormentadora.

Anoche quisimos ir a Biliet. El antiguo baile de los estudiantes y de los poetas está cerrado; lo ha cerrado la pobreza en que se encuentra París. Ya no habrá, pues, más certámenes de belleza como aquel en que los bohemios trataron de pasear desnuda por las calles a la reina, de lo cual resultó una colisión con los gendarmes que creen que la moralidad está antes que lo hermoso. Ya no habrá concursos de trajes como aquel en que se ganó el premio un estudiante que se presentara con una corbata roja por todo atavío. Biliet murió. Los poetas pobres y los estudiantes ya no bailan; su hambre ya no encuentra aquel refugio loco y honesto en medio de su despreocupación ilimitada.

Ahora los poetas se encierran en su último piso, con la clásica amiguilla, a recontar los *sous* que no alcanzan para un absintio o para un café.

Como Biliet estaba cerrado, y como el humo del Olympia y los sombreros Maxim nos empalagaron en fuerza de monótonos, fuimos al Bal Tabarin, en Mont Martre.

Qué tristeza! Qué tristeza! La alegría se ha fugado. El chambergo alón sobre la melena ritual, ha emigrado. Pero allí está en cambio el sombrerito cowboy del soldado yanki llenándolo todo. La alegría que cantaba, ahora grita. El ajenjo que recitaba, es ahora wiskey que da mojicones. Qué tristeza! Qué tristeza! La mujer que se trataba allí como una flor en un jarrón, ahora se empuja, se golpea. ¡Y esto es París! Esto lleno de borrachos uniformados, es París, Dios santo!

Yo salí horrorizado y al llegar a la casa sentí una vaga nostalgia.

Lo abraza,

Daco

ATHENEA

DIRECTOR: ROGELIO SOTELA

INDICE DEL TOMO III

TITULOS DE LAS OBRAS	AUTORES	PAGINA
Carrillo y Costa Rica ante la Federación	Cleto González Víquez	572
Resonancias literarias	La Redacción	608
El Viernes Santo de don Quijote	Víctor Domingo Silva	611
Expiación	Julián Marchena	614
Una carta de Paco Soler	Francisco Soler	615
Poema inédito	Medardo Angel Silva	616
La Medicina del Espíritu	Herbert J. Hall	617
Los Maestros Franceses	Varios	621
Doña Pacífica Fernández de Soto	Zenón Castro R.	623
Homenaje a un gran Poeta	J. J. de Loaiza Keilley	625
Mayo alegre	Rubén Darío	637
Novia del Poeta	Oscar Padilla	628
Páginas de Antaño	Julián Volio	629
De «En el Balcón de Margarita»	Carlos Borges	633
Don Vicente Segreda Zamora	Luis Felipe González	638
La literatura posterior a la guerra	José Enrique Rodó	640
Don Luis Torres Acevedo	A.	642
A los lectores	Rogelio Sotela	643
Nuestra Página	Manuel Segura	644
La Joven Cautiva (traducción)	Napoleón Quesada	445
Página de Amado Nervo	Amado Nervo	547
Canto a la Patria	Rogelio Sotela	650
Periódicos y Periodistas de Colombia	Camilo Cruz Santos	650
Teriptico	Napoleón Pacheco	654
Notas—Bibliografía—	N. P.	656
Impromptu	Rafael Cardona	659
Fragmento de Ariel	José Enrique Rodó	660
Debe enseñarse a vivir (traducción)	R. Brenes Mesén	662
Pensées tristes	Paul Serre del Sagués	663
Noche de luna. -Convalecencia	Manuel Segura	665
La puntuación libre	Moisés Vincenzi	666
El Recuerdo	Alfonso Hernández Catá	667
Rectificaciones del alma	Claudio Castro Saborío	669
Liliana	Gabry Rivas	675
Ideas sobre la guerra y la paz	Napoleón Pacheco	676
De «Briznas, Elitros»	Arturo García Solano	678
Perfume de olvido	Francisco Villaespesa	678
La Ideocracia	Miguel de Unamuno	679
Libros recibidos	R. S.	683
Mi República	Marco A. Zumbado	684
Tierra de promisión	J. Eustasio Rivera	686
Bibliografía.—Notas	N. P.	687
La gran velada en el Nacional	La Redacción	690
Crepúsculo Espirita	Julio Herrera Reissig	691
Noviembre Melancólico	Joaquín Vargas Coto	692
Palabras amigas	Julián Marchena	693
Había una vez un pastorcico	Rogelio Sotela	694
La alegría de las rosas	Maurice Maeterlinck	699
Amor complejo	Julián Marchena	700
Presentimiento	Manuel Segura	701
Prosas políticas	Hugo Vial	702
Pensées tristes	Paul Serre del Sagués	704
La ventana romántica	Juan Ramón Avilés	707
Beso póstumo	Rosario Luna	709
Notas	La Dirección	709
Patria!	N. Gutiérrez Nájera	711
La Costa Rica nueva	Rogelio Sotela	712

Hora romántica	Manuel Segura.....	720
Vuelo supremo	Julián Marchena	721
Ternura	Henri Barbusse	722
El Espectro.....	Manuel Segura.....	726
Notas de tres Sabios.....	La Dirección.....	731
Mañana Melancólica.....	Asdrúbal Villalobos.....	735
Homenaje póstumo.....	M. S.....	736
La Musa de Amado Nervo.....	Rogelio Sotela.....	738
Datos biográficos de Amado Nervo.....	La Revista Azul.....	739
Froilán Turcios.....	La Dirección.....	742
Momentos Musicales.....	R. Brenes Mesén.....	743
Una vida.....	Julián Marchena.....	744
La Serenata de Schubert.....	Blanca Z. de Baralt.....	744
Eterno.....	Rosario Luna.....	746
El secreto de Oro.....	Antonio Zambrana.....	747
Huelga de Amos.....	Joaquín Vargas Coto	750
La Escuela de Agricultura.....	Luis Cruz Meza.....	751
Notas.....	La Dirección.....	758
Tenotchtitlán.....	Rafael Cardona.....	759
Tres cabezas coetáneas.....	L. Dobles Segreda.....	760
De Rostand (traducción).....	Roberto Figueredo	771
Doña Cristina C. de Zeledón.....	R. S.....	772
Panorama.....	Joaquín Vargas Coto.....	772
Póstuma.....	Roberto Figueredo.....	774
1919—1920.....	La Dirección.....	775
La Fuga del año.....	Antonio Zelaya C.....	776
De Nochebuena.....	Rogelio Sotela.....	777
El Evangelio de San Perrault	Paul Arene.....	778
Quiromancia.....	Napoleón Pacheco.....	781
Oro, incieso y mirra.....	J. Rodríguez Cerna.....	782
Paz.....	Manuel Segura.....	783
El Triunfo de la República.....	R. S.....	784
La Venus de Milo.....	Paul de Laint Víctor.....	785
Feliz Año Nuevo.....	Marcelo Baltodano.....	788
El regalo.....	J. Fermín Meza.....	788
Notas.....	La Dirección.....	790
Números especiales.....	La Dirección.....	792
Añorando y otros.....	Mario Sancho.....	793
Paco Soler.....	R. S.....	806
Deja correr el tiempo	Julián Marchena.....	807
Celajes del ocazo.....	Jenaro Cardona.....	808
El caso de Lisímaco Chavarría.....	Ramón Zelaya.....	810
Anatole France.....	A. Alvarado Quirós.....	814
Luz de Sangre.....	Hernán Zamora.....	817
Medallones.....	Athenea.....	818
Notas.....	La Dirección.....	819
Hacia Imbabura.....	N. P.....	821
Bibliografía.....	R. S.....	822
Paco Soler.—Destino.....	Hernán Zamora.....	874
«No che vayas».....	Rafael Eduarte.....	874
Ese Paco.....	Luis Dobles Segreda.....	825
Paco Soler.....	Jenaro Valverde L.....	826
Esta carta enlutada.....	Asdrúbal Villalobos	828
Francisco Soler	Rogelio Sotela.....	830
Paco Soler.....	Manuel Segura.....	833
El único cuento de hadas.....	Francisco Soler.....	834
Almas Anónimas.....	Francisco Soler.....	840
Una carta de Paco Soler.....	Francisco Soler.....	842

Athenea se vende en las Librerías de Tormo y Trejos

COMPañIA INDUSTRIAL

“EL LABERINTO”

Pasa de quince mil yardas los driles, cotines, céfiros y mezcilla que fabrica mensualmente y por su inmejorable calidad, perfección y solidez, se vende todo a medida que sale de los telares de la Compañía.

El público puede encontrar estos famosos géneros de algodón y sus renombrados paños de manos, en los siguientes establecimientos:

~ SAN JOSE ~

José María Calvo & Cía., “La Gloria”. — Ismael Vargas C. (Mercado). — Jaime Vargas C. (Mercado). — Enrique Vargas C. (Mercado). — E. Guevara & Cía., “La Buena Sombra” y “La Perla”. Domingo Vargas (Mercado). — Sérvulo Zamora (Mercado). — Manuel Solera & Cía. (Mercado). — Antonio Alán & Cía. — Colegio de Sión. — Colegio de Señoritas. — Etc., etc.

En toda clase de alimentación, lo mejor y más fresco se encuentra en

LA GRAN VIA

EL MEJOR ALMACEN

DE

FERRETERIA

Está situado 200 vs. al Norte
:: del Parque Morazán ::

Es donde puede usted
comprar más barato

LO ATENDERÁ

D. GUILLERMO ECHEVERRIA

ELIAS MUÑOZ V.

RELOJERIA

PLATERIA :: OPTICA

Reparaciones garantizadas

en

RELOJES Y ALHAJAS

OBJETOS PARA REGALOS

El nuevo local está situado
frente al Hotel Europa,
diagonal a Robert Hermanos



Después de las retretas
pase usted al salón de

LA GEISHA

Allí se citan los mejores
elementos sociales y
se sirve exquisitamente

Pida usted café, te, chocolate
o cualquier clase de helados
:: :: :: y refrescos :: :: ::

La Colombiana

DE FELIX ALVAREZ

Se ha trasladado frente a la Botica Americana, al lado Sur del Siglo Nuevo, donde seguirá atendiendo con gusto a su numerosa clientela.

LA LONJA

— SAUMA & CASTRO —

Surtido completo de abarrotes y artículos del país
Ventas sólo por mayor - Frente al lado Norte del Mercado
TELEFONO N° 756. - SAN JOSE. - APARTADO N° 523

Roberto Montero

Fotograbador

San José, Costa Rica.—Ordenes en La Marina

ALSINA

IMPRENTA

LIBRERIA - PAPELERIA

Inmenso surtido de
útiles para escuelas

Las últimas obras recibidas de América
y Europa están de venta en la Librería

“LA EXPRESS”

FRENTE A ROBERT HERMANOS

DIRECTORIO PROFESIONAL

DR. ANSELMO RIVERA G.

Médico y Cirujano Veterinario de París
OFICINA: Servicio Veterinario Municipal
Habitación y oficina:
Casa familia Luján. — Teléfono 50

GERARDO CASTRO-CLAUDIO CASTRO S.
ABOGACÍA Y NOTARIADO

OFICINA:
frente a la antigua Casa Presidencial
TELÉFONO 785

H. PEYROUTET & Co.

Representantes de casas extranjeras

San José de Costa Rica

HERNAN ZAMORA ELIZONDO

ABOGACIA

Despacha en la oficina del Licdo. Cruz Meza

SANTIAGO DURAN ESCALANTE

ABOGADO

Despacho: en su casa de habitación

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA
MEDICO Y CIRUJANO

Especialista en las enfermedades
de los ojos, nariz, oídos, garganta
Horas de oficina:—de 10 a 12 y de 2 a 5 p. m.
Oficina contiguo al Teatro Variedades

¡NO SE IMPACIENTE SEÑOR!
VOY A RETRATARLO CON PELI-
CULA 'ENSIGN'

¡NUNCA FALLAN!



ÚNICO DEPOSITO 'FOTO IMPERIO'
DE
HERNÁNDEZ HNAS.

TEATRO AMERICA



EMPRESA DIONISIO FACIO & Cía.



PROXIMOS GRANDES ESTRENOS

SU MAJESTAD EL DINERO SU ALTEZA EL AMOR

Lo más selecto de la sociedad josefina se da cita en este elegante teatro que se preocupa por dar los espectáculos más cultos y más nuevos. Funciones por tandas a ¢ 0-25 la luneta.